

**Temas Reglas de la Iglesia
ESQUEMAS Y RESÚMENES**

TÍTULO

Esquema

EE 352: Para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener se guarden las reglas siguientes.

Es importante caer en la cuenta de la diferencia entre la redacción de Ignacio y la traducción que hizo el P. Frusio. No es lo mismo decir el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener, que sentir con la Iglesia. No es lo mismo preguntarnos si sentimos con, que plantearnos el sentido verdadero que debemos tener en la Iglesia. En el primer caso lo primero que tengo que preguntarme es quién es la Iglesia y automáticamente la reduciré a la Jerarquía, mientras que en el segundo caso parto de que soy Iglesia, y el problema que me planteo es cuál es el sentido verdadero que en ella debo tener. Este planteamiento va directamente a situar el problema desde la comunión, en el segundo caso terminará fácilmente en la confrontación, y desde esta perspectiva la cosa puede terminar en la lógica de la ruptura.

Pero este problema no se reduce a la dimensión eclesial. El ser humano no puede situarse al margen del "grupo": nacimos en una familia, nos educamos en la escuela, nuestro trabajo es un servicio para los demás -comunidad-, vivimos en una ciudad, somos de un pueblo. Lo "social" nos acompaña desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte: la realización personal está enmarcada en un "nosotros", y no puede ser de otra forma.

Es, pues, de suma importancia el plantearnos por el sentido - actitudes, posturas, en una palabra, maneras de estar - que debemos tener en cada uno de estos ámbitos de los que no podemos prescindir, pues como alguien decía "en esto nos lo jugamos todo". Y no se reduce, precisamente, a cómo quedar bien con el "jefe", sino algo mucho más decisivo: posibilitar la convivencia, no "tolerar" la coexistencia.

TÍTULO
Resumen

EE 352: *Para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener se guarden las reglas siguientes.*

Es importante caer en la cuenta de la diferencia entre la redacción de Ignacio y la traducción que hizo el P. Frusio. No es lo mismo decir el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener, que sentir con la Iglesia. No es lo mismo preguntarnos si sentimos con, que plantearnos el sentido verdadero que debemos tener en la Iglesia. En el primer caso lo primero que tengo que preguntarme es quién es la Iglesia y automáticamente la reduciré a la Jerarquía, mientras que en el segundo caso parto de que soy Iglesia, y el problema que me planteo es cuál es el sentido verdadero que en ella debo tener. Este planteamiento va directamente a situar el problema desde la comunión, en el segundo caso terminará fácilmente en la confrontación, y desde esta perspectiva la cosa puede terminar en la lógica de la ruptura.

Pero este problema no se reduce a la dimensión eclesial. El ser humano no puede situarse al margen del "grupo": nacimos en una familia, nos educamos en la escuela, nuestro trabajo es un servicio para los demás -comunidad-, vivimos en una ciudad, somos de un pueblo. Lo "social" nos acompaña desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte: la realización personal está enmarcada en un "nosotros", y no puede ser de otra forma.

Es, pues, de suma importancia el plantearnos por el sentido - actitudes, posturas, en una palabra, maneras de estar - que debemos tener en cada uno de estos ámbitos de los que no podemos prescindir, pues como alguien decía "en esto nos lo jugamos todo". Y no se reduce, precisamente, a cómo quedar bien con el "jefe", sino algo mucho más decisivo: posibilitar la convivencia, no "tolerar" la coexistencia.

TÍTULO (Resumen)

EE 352: Para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener se guarden las reglas siguientes.

¿Por qué estas Reglas después de las cuatro semanas de Ejercicios? En las 4 semanas me he "preparado y dispuesto" para "buscar y hallar la voluntad de Dios". La experiencia que San Ignacio ha querido que hiciese a lo largo de los EE. ha sido sólo mía; nadie podía discernir por mí, y menos elegir. Se habla de "mi ánima" y de "mi mera libertad y querer", y desde ahí tengo que responder a Dios que me llama para seguir a Jesús, y nadie puede meterse por medio.

Pero yo no vivo sólo, vivo rodeado de personas, que también tienen su propia libertad y querer y con las que tengo que relacionarme. Mi vida no está resuelta con salvar mi 'libertad' y 'querer', ya que va a depender de saber **vivir con** los demás -de **convivir**, que no es lo mismo que coexistir, ser vecino de alguien-. Pero 'convivencia' no es lo mismo que 'tolerancia'. Yo quiero estar rodeado de gente que me preocupa y le preocupo, no que 'me tolere'. Si me entero que has comentado de mí que 'me toleras', cuando pase por tu ciudad ni te llamo por teléfono, no te vaya a salir una 'úlcera de estómago'. Más aún, la tolerancia no pasa de una manera 'elegante' de prescindir del otro, porque siempre estará amenazada por la 'tolerancia cero'.

Y aquí quiero aludir a algo que debo a **Julián Marías**. Resulta que hay idiomas en los que no existe la palabra **convivir**, es decir, no han relacionado el término **vida** con la preposición **con** -que supone relación, compartir, compromiso...-. Y resulta que uno de estos idiomas es el **inglés**. Al leer esto, me vino a la mente dos recuerdos: primero, que todas las películas que yo había visto de niño de la India, los ingleses que allí aparecían eran todos rubios, con bigote y con pipa; todos los demás eran más pequeñitos, más 'morenitos' y que decían a los altos: 'Sí said'. Segundo, de la observación de un marinero del barco en el que íbamos a Argentina el año 1975. Este hombre, al saber que éramos sacerdotes nos comentó que él había observado que "todo pueblo colonizado por el protestantismo tiene un '*apartheid*' brutal, mientras los colonizados por el catolicismo viven un mestizaje brutal." Él lo formuló así. Al leer yo la observación de Julián Marías, caí en la cuenta que, posiblemente, no era virtud del catolicismo y carencia del protestantismo, sino talante de un pueblo que había necesitado crear el término, y de otro que no lo había necesitado. Éste no se mezclará con nadie.

Pero para que haya convivencia tiene que haber personas, que haya un 'yo' rodeado de 'tús'. Por eso, san Ignacio no saca el problema hasta que la persona, a lo largo de los EE., se ha hecho cargo de su vida y vuelve a la realidad "*para en todo amar y servir*" (EE. 233). Ignacio, antes de devolverlo a la realidad, le advierte que todo lo vivenciado tiene que vivirlo en un **nosotros**. Ya no va a hablar de la "*salud del ánimo*" (EE. 1) o "*salvar su*

ánim" (EE. 23), sino "*para la salud de **nuestras** ánimas*" (EE. 365, 13ª Regla). Y es que no podemos formar comunidad -convivir- si antes no somos personas, y no somos personas si no nos relacionamos y responsabilizamos en el nosotros desde la propia libertad.

Hoy día, el concepto de libertad está un tanto confuso, por no decir tergiversado. Allí por el año 1974 tuve que ir a Madrid desde Granada. Entonces no había el servicio de autobuses actual y había que hacerlo en el exprés por la noche. Los vagones consistían en un largo pasillo que daban acceso a unos departamentos de 8 asientos -cuatro frente a otros cuatro-. Entonces se viajaba poco y podías sacar billete con 'reserva' o sin ella. Pues casi nadie la sacaba y nos buscábamos algún asiento libre. Yo me senté en un asiento que daba al pasillo en un departamento en el que había otro señor sentado al lado de la ventanilla y un muchacho, que no tendría los 30 años, tumbado en los asientos de enfrente.

El tren fue haciendo sus paradas y al final los dos asientos libres quedaron ocupados. En la estación siguiente, se abre la puerta y el viajero toca en el hombro al muchacho, que se despierta aturdido y dice: "¿Y dónde me acuesto yo?" Nos miramos los cinco que no habíamos disfrutado de su 'sueño', y creo que llegamos a un acuerdo: que el de la ventanilla bajase el cristal y los otros cuatro arrojásemos al 'tumbado' al campo. 'Tú no tienes billete de tumbado, sino de sentado'. La libertad no se agota en la propia, sino ha de posibilitar la de los demás. La persona está llamada a ejercer su libertad posibilitando la de los demás...

Yendo al título, donde primero hay que detenerse es en la palabra "**Reglas**", que tantas veces utiliza Ignacio a lo largo de los EE. Tal y como responde al P. Miguel de Torres a propósito del P. Gonzalo Gonzales que se quejaba de tantas reglas: "*Dígale al P. Gonzalo que son avisos e instrucciones y no le parecerán tantas...*" Dos observaciones: san Ignacio consiguió que no lo 'blindasen' -'para no darle un disgusto'-. ¡El responsable está para enterarse de todo lo que provoca disgusto y buscar remedio! Segundo, gracias a que le llegaba todo nos enteramos que sus reglas son 'avisos' e 'instrucciones', dos requisitos que todos exigimos para responsabilizarnos de lo que se nos encarga. Esto es importante a la hora de abordar las 18 reglas de este documento final. Son consejos, no normas.

Es importante caer en la cuenta de la diferencia entre la redacción de Ignacio y la traducción que hizo el P. Frusio. No es lo mismo decir "*para el sentido verdadero que **en** la Iglesia **militante** debemos tener*", que "*para sentir **con** la Iglesia **ortodoxa***". No es lo mismo preguntarnos si sentimos **con**, que plantearnos el sentido verdadero que debemos tener **en** la Iglesia. En el primer caso, lo que hay que preguntarse es **quién** es la Iglesia y automáticamente la reduciremos a la Jerarquía (el Papa, los Obispos,...) como si solo ellos formasen la Iglesia; parece que la Iglesia es algo que está fuera de mí, **con** la que tengo que coincidir. Sin embargo, en el segundo caso se da por supuesto que **somos**

Iglesia, estamos **en** ella Iglesia, formamos parte de ella, no algo fuera de nosotros con lo que tenemos que relacionarnos. Este planteamiento va directamente a situar el problema desde la **comuni3n**, mientras que en el primer caso terminará f3cilmente termina en **confrontaci3n**, y desde esa perspectiva la cosa acaba en la l3gica de la **ruptura**.

Asimismo, el t3tulo habla de "Iglesia **militante**", es decir, la que sigue luchando todav3a aqu3 en esta vida, no 'ortodoxa' -el tema de la ortodoxia, no s3lo no se aborda, sino que expl3citamente se prescinde de 3l en las 3ltimas cinco reglas-. La Iglesia que vivimos est3 llena de dificultades, de equivocaciones, de b3squedas... que hay que superar. En una palabra, estas Reglas nos sit3an ante la Iglesia real que nos ha tocado vivir, con sus fallos, no la que nos gustar3a o la que deber3a ser. Y cuando el t3tulo dice "**se guarden**", Ignacio anima a que tengamos en cuenta estos '*avisos e instrucciones*' de cara a posibilitar la convivencia, hacer de la Iglesia una realidad de uni3n y Buena Noticia en un mundo perdido. Si queremos vivir **en** la Iglesia, no podemos enfrentarnos o "pasar" de ella.

San Ignacio con sus '*avisos e instrucciones*' va a intentar descubrirnos el "**sentido verdadero**" que debemos tener porque puede haber otros que no lo son, es decir, que no posibilitan la experiencia de **comunidad**, de **cuerpo**, de **comuni3n**. De cara a la Iglesia (a la comunidad), todo nos lo jugamos en la **sensibilidad** que tengamos, no en que tengamos las ideas claras y sepamos qu3 es lo mejor. Por eso habla de '*sentido verdadero*'. Lo m3s estable en nosotros es la estructura de nuestra sensibilidad y cuesta cambiarla. Pero de cara a la praxis lo que decide en cada uno de nosotros es la sensibilidad: 3d3nde est3 enganchada? No es lo mismo que nuestra sensibilidad respecto a la Iglesia sea agresiva, a que nos duela aquello de lo que formamos parte.

Y aqu3 conviene recordar la importancia de la sensibilidad en los EE. En una **nota** al cuarto modo de oraci3n **sobre los sentido corporales**: "*quien quisiere imitar en el uso de sus sentidos a Cristo nuestro Se3or*" o "*a nuestra Se3ora...*" [EE 248]. En efecto, si nuestra sensibilidad corporal -gustos, repugnancias- coincide con la de Jes3s, nuestro seguimiento estar3 m3s resuelto.

Es la sensibilidad la culminaci3n de todo conocimiento -**conocimiento interno**- es la incorporaci3n de la sensibilidad. El que est3 aprendiendo a conducir y acaba de sacarse el carnet de conducir, lo 'sabe' todo, pero no podemos decir que es un conductor. 3Cu3ndo afirmamos que es un conductor experto? Cuando podemos ir hablando con 3l mientras conduce perfectamente: su vista, su o3do, su tacto se han coordinado -h3bito- de tal forma que asegura su respuesta correcta. Pero se trata de los 'sentidos corporales', no de 'sentimientos'. Si yo supiese tocar el piano y llega un amigo queriendo que le interprete una obra, y yo aquel d3a no hubiese abierto el piano, no por eso se me ha olvidado tocar el piano. La estructuraci3n de nuestra sensibilidad -h3bito- es lo m3s

estable.

Puede ayudarnos el comentario de san **Juan de la Cruz** a la canción 28 del **Cántico espiritual** [B]: "4. *Por todo su caudal entiende aquí todo lo que pertenece a la parte sensitiva del alma. En la cual parte sensitiva se incluye el cuerpo con todos sus sentidos y potencias así interiores como exteriores, y toda la habilidad natural, conviene a saber, las cuatro pasiones, los apetitos naturales y el demás caudal del alma. Todo lo cual dice que está ya empleado en servicio de su Amado, también como la parte racional y espiritual del alma que acabamos de decir en el verso pasado. Porque el cuerpo ya le trata según Dios, los sentidos interiores y exteriores [rige y gobierna] enderezando a él las operaciones de ellos, y las cuatro pasiones del alma todas las tiene ceñidas también a Dios; porque no se goza sino de Dios, ni tiene esperanza en otra cosa sino en Dios, ni teme sino sólo a Dios, ni se duele sino según Dios, y también todos sus apetitos y cuidados van sólo a Dios.*"

"5. *Y todo este caudal de tal manera está ya empleado y enderezado a Dios, que aun sin advertencia del alma, todas las partes que habemos dicho de este caudal en los primeros movimientos se inclinan a obrar en Dios y por Dios; porque el entendimiento, la voluntad y memoria se van luego a Dios, y los afectos, los sentidos los deseos y apetitos, la esperanza, el gozo y luego todo el caudal de primera instancia se inclina a Dios, aunque, como digo, no advierta el alma que obra por Dios. De donde esta tal alma muy frecuentemente obra por Dios y entiende en Él y en sus cosas sin pensar ni acordarse que lo hace por Él, porque el uso y hábito que en la tal manera y proceder tiene ya le hace carecer de la advertencia y cuidado y aun de los actos fervorosos que a los principios del obrar solía tener. Y porque ya está este caudal empleado en Dios de la manera dicha, de necesidad ha de tener el alma también lo que dice en el verso siguiente...*" Coincide con el planteamiento de san Ignacio.

Esta preocupación por el sentido verdadero, más que por la verdad -la ortodoxia-, va a ser clave en estas Reglas. Todo nos lo jugamos en la sensibilidad y el modo. A San Ignacio le interesaba más que la verdad fuese aceptándola el otro, que tenerla él; le preocupaba más la forma de comunicar la verdad que la verdad misma. Podemos tener la razón y la verdad, pero vivirlas o comunicarlas de tal manera que provoquen división o hagamos imposible que quien está equivocado pueda llegar a la verdad, pueda **recuperarse**. Y esto es más cuestión de sensibilidad y tacto (de **sentido verdadero**) que de conocimientos y estudios. No es lo mismo atraer que imponer. Nada impuesto será verdadero para aquel a quien se lo imponen. Así, la otra persona aceptará la verdad que yo vivo si no se la impongo y, además, lo voy haciendo capaz para que la entienda. A la verdad vamos llegando, no podemos imponerla. Las Reglas que nos ofrece Ignacio son una ayuda para que la **unión** a la que estamos llamados podamos salvarla.

Veamos lo que recomendaba a un jesuita nombrado patriarca de Etiopía, enviado por el

papa con otros a aquellas tierras para que los cristianos de allí se sintiesen unidos a la Iglesia: *"Procuren de tomar familiaridad con el Preste (responsable de Etiopía)...; y con sinceridad y honradez hacerse querer bien de él; y viendo en él agrado y mucha disposición le hagan capaz cómo no hay esperanza de salvarse fuera de la Iglesia católica romana... En lo que se refiere a los abusos que tienen, primero procuren hacer capaz poco a poco al Preste y algunos particulares de más autoridad y después, sin tumulto (sin voces), estando éstos dispuestos se podría reunir a los más entendidos, y sin despreciar ni rechazar nada de lo que ellos más estiman, hacerlos capaces de las verdades católicas y de lo que se debe tener en la Iglesia, y animarlos a que procuren ayudar al pueblo a unirse a la Iglesia."*

La verdad no puede imponerse, pero sí facilitar su aceptación de la única forma válida: "tomar familiaridad" con la persona, "hacerse querer bien" de ella, única forma de "hacer capaz" de la verdad que queremos que descubra. Es el caso de san Romero que, del integrismo, pasó a lo que todos sabemos gracias a Rutilio Grande que iba, no a 'decirle cuatro verdades', sino a contarle atrocidades que estaban ocurriendo selladas al final con su propia muerte.

Pero este problema no se reduce a la dimensión eclesial. El ser no puede situarse al margen del "grupo": nacimos en una familia, nos educamos en la escuela, nuestro trabajo es un servicio para los demás - comunidad -, vivimos en una ciudad, somos de un pueblo. Lo "social" nos acompaña desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte: la realización personal está enmarcada en un nosotros, y no puede ser de otra forma. La relación con los demás, por tanto, y en especial con la autoridad, es un problema de toda persona, no sólo del cristiano con respecto a la Iglesia: me juego la felicidad en los distintos nosotros en los que tengo que vivir.

Es, pues, de suma importancia preguntarnos por el sentido - actitudes, posturas, en una palabra, maneras de estar - que debemos tener en cada uno de estos ámbitos de los que no podemos prescindir, pues como alguien decía "en esto nos lo jugamos todo". Y no se reduce, precisamente, a cómo quedar bien con el "jefe", sino algo mucho más decisivo, posibilitar la convivencia, no "tolerar" la coexistencia.

Ahora bien, este sentido verdadero, esta actitud, no resuelve la praxis, no te arregla nada, solo te "prepara y dispone", te ilumina la postura que debes tomar y lo que no debes hacer; en definitiva, te abre a lo que venga para afrontarlo y darle respuesta. Tener este sentido verdadero no es nada fácil. La tarea de hacer posible la comunión de unos con otros está llena de trampas y peligros. San Ignacio, con pocas palabras, intenta abrirnos al 'sentido verdadero que debemos tener', lo cual quiere decir que puede haber otros que son un desastre.